

La mentira y el poder político. Una vieja historia.

Miguel Catalán. *Mentira y poder político. Seudología VII*, Madrid: Verbum, 2017.
338 páginas.

Uno de los principales signos de avance y de progreso en la historia de las civilizaciones ha sido, junto a la guerra, los fuertes periodos de crisis que han sufrido los humanos desde su configuración como sujeto social. La actual crisis económica, iniciada con la caída de Lehman Brothers en 2008, dio al traste con gran parte de los sueños de la sociedad occidental y puso al descubierto el lado oscuro y las grietas de un sistema social y económico apenas apuntalado por medidas neoliberales que favorecían a una pequeña parte de la sociedad. Los tiempos de crisis suelen alumbrar las grandes reflexiones sobre el presente inmediato. Las dificultades actuales siempre son un incentivo para buscar, en el mundo de las utopías y de los mundos posibles, una respuesta o explicaciones dignas de crédito para un presente confuso y cuyas soluciones apenas se vislumbran. A este propósito responde el ensayo del filósofo y escritor Miguel Catalán (Valencia, 1958): *Mentira y poder político*.

Miguel Catalán es un hombre de obra extensa, con un avanzado y ambicioso proyecto sobre el engaño y la mentira a lo largo de historia de la filosofía política: seis volúmenes publicados bajo el título genérico de *Seudología* dedicados a la mentira y la propaganda política en obras como *El prestigio de la lejanía*, *Antropología de la mentira*, *Anatomía del secreto*, *La creación burlada* o *Ética de la verdad y la mentira*. El valenciano Miguel Catalán ha sido profesor universitario y, desde su plácido retiro, dedica su vida a la reflexión filosófica y ensayística sobre la realidad social circundante. Experto en Ética, Deontología y Pensamiento Político de la Comunicación, es autor también de novelas, libros de relatos y compilaciones de máximas de pensamiento breve. Catalán destaca como especialista en el pragmatismo norteamericano, en especial el de John Dewey, sobre cuya obra ya escribió en libros como *Pensamiento y acción* o *Proceso a la guerra*. A los márgenes de ese estudio filosófico se aproximan libros como *El sol de medianoche* (2001) o *La nada griega* (2013), colecciones de aforismos y paradojas, y el *Diccionario de falsas creencias* (2002), compilación que manifiesta por primera vez el interés del autor por los temas de la falsedad y el autoengaño en la realidad cotidiana.

El monumental tratado de Miguel Catalán sobre la mentira, *Seudología*, va cumpliendo etapas a un ritmo regular desde su primera entrega allá por 2004, dedicada al autoengaño y titulada *El prestigio de la lejanía. Ilusión, autoengaño y utopía*. Desde entonces, los sucesivos tomos, que la editorial Verbum está reuniendo en su colección *Minor*, han estudiado respectivamente la dimensión antropológica, sociológica, metafísica, religiosa y ética del engaño. En el prefacio del libro que hoy nos ocupa, Catalán nos informa de que este volumen séptimo constituye a su vez el primero de un conjunto de tomos que va a someter a examen

la mentira del poder político. Como primero de ellos, se ocupa de los aspectos más generales e importantes de tan amplio tema. En efecto, bajo la máxima de Maquiavelo “Gobernar es hacer creer” como divisa del libro, y tras haber dedicado el anterior volumen a la ética (*Ética de la verdad y de la mentira*, 2015), Miguel Catalán consagra la presente obra al apasionante tema de la veracidad y la mentira en política. En su prefacio sostiene el autor que este libro ocupa el puesto arquitectónico angular en el conjunto de la obra, porque es la peor de todas las formas de engaño en la medida en que sostiene y prolonga con las supercherías del mando la explotación secular de los fuertes sobre los débiles. La idea de que la falsedad es la principal arma de la potestad, constituida para mantenerse al mando del Estado desde los orígenes de la civilización, recorre un trabajo ampliamente documentado cuya tesis principal es la necesidad que tiene todo poder estatal constituido de falsear la realidad.

Tras un capítulo primero de carácter introductorio en que se explicitan las principales falacias políticas a lo largo de la historia, el segundo capítulo entra ya en materia teórica al analizar una de las dos características de la vida socializada que desde el origen del Estado conducen forzosamente a la mentira política: la del egoísmo inherente al gobierno y la mentira necesaria del bien común. Al respecto escribe el autor que el sentido innato de la justicia dentro de los grupos humanos, es decir, la reacción negativa a una diferencia abusiva de trato que sobrepase ciertos límites, y que los primatólogos han detectado ya en los homínidos como una respuesta evolutiva a los riesgos del egoísmo ilimitado, hace necesaria la que llama “retórica del bien común”. Dado que los electores rechazan la motivación egoísta del elegible, sólo el engaño permite a los gobernantes obtener sus fines de supremacía y sólo el autoengaño ayuda a los gobernados a sobrellevar su posición de inferioridad. A tal fin resulta preciso ocultar las motivaciones egoístas de la minoría rectora y racionalizar las diferencias injustas que se derivan del ejercicio del dominio: “Ningún prócer puede prescindir de la retórica altruista de la comunicación o sustituirla por la sinceridad de la motivación hacia el mando. Ningún candidato puede proponer a sus potenciales votantes “Solicito vuestra confianza con el fin de gratificar mi deseo de influencia y mi propensión a dominar”, pues en tal caso perdería toda autoridad para ejercer el cargo y, por tanto, cualquier opción de conseguirlo”.

El capítulo tercero trata sobre la segunda de las características de las sociedades humanas que obligan a la falsía constituyente del poder articulado: la que denomina el autor la violencia original y su legitimación ulterior por el encubrimiento y en engaño. Catalán establece como factor invariable para las ficciones interesadas del gobierno la “necesidad de ocultar la causa originaria, objetiva y al tiempo inconfesable, del actual dominio de unos hombres sobre otros, a saber, la violencia y la opresión” (p. 51). La tesis de Catalán podría resumirse en la siguiente cita:

“El engaño político que a través de la ideología dominante justificará en el futuro con palabras trucadas la nulidad de las provincias vencidas por la capital del imperio, la nulidad política de la plebe vencida por los hombres de armas luego transformados en nobleza, o la nulidad política de la mujer a causa del dominio físico del varón, lo hace arguyendo que no hay dos naciones en un solo territorio, sino una sola nación cuyas diferencias de estatus y fortuna obedecen a causas naturales o racionales; para ello será preciso argumentar la justicia, naturalidad, conveniencia y necesidad de la sumisión al orden tradi-

cional. Ese engaño que ha terminado en tantas ocasiones por sepultar la voz de la provincia subyugada o del pueblo indígena invadido, del enemigo vencido transformado en esclavo o en exiliado, del agricultor capacitado al que se ha negado la educación, ya tuvo su emblema en periodos prehistóricos. Así, cuando se advierte un cambio de cultura en un registro arqueológico, ello casi siempre significa la extinción de la sociedad autóctona. La sociedad vieja ha sido bien aniquilada por la invasora, bien expulsada del lugar, bien esclavizada o sometida. En estos dos últimos casos, se forma una nueva sociedad estratificada; arriba quedan los vencedores; abajo, los vencidos. Toda autoridad, todo dominio y todo poder político del periodo histórico son en última instancia efectos de la fuerza bruta. Y la mentira política es necesaria porque debe legitimar lo que unos y otros sienten ilegítimo según el principio de beneficencia: el abuso que ocupa el origen del mando, la fractura brutal del poder que rompe la sociedad en dos. Víctimas y verdugos olvidan gracias al engaño y el autoengaño ese origen y esa causa tan inadmisibles como reales para la conformación de la estabilidad social” (p. 74).

Los capítulos cuatro y cinco se centran en la división de la sociedad, fundamentada en los privilegios de los poderosos sobre los oprimidos a partir del parámetro del trabajo, que es el que supone que la aspiración humana se consolide sobre una vida placentera sin trabajo. Así pues, los poderosos logran su influencia a partir de la obligación de los oprimidos de trabajar para ellos. Unos muchos acaban trabajando para unos pocos, estableciendo una especie de dependencia social de carácter parásito. En estas circunstancias la persuasión es una de las armas que facilitan el dominio de las minorías sobre las mayorías, cuestión que facilita la construcción de un imaginario encauzado hacia la forja de una sociedad mejor, a partir de ese trabajo que supone el establecimiento de una clase privilegiada en la cúspide de la pirámide social. En este sentido, el lenguaje, con un buen número de eufemismos, proporciona al poder un arma de persuasión para perpetuar su poder y forja una retórica de legitimación. De ese modo, en los capítulos siguientes se observa que la construcción de la historia se convierte en un discurso que propicia el filtrado de los acontecimientos encaminados a la legitimación de los poderosos mediante la sustentación de un estado, en apariencia legítimo, que está completamente dirigido por una clase social históricamente definida.

La construcción del Fisco, de la Administración, la Función Pública, el Ejército, o la familia constituye la creación de estamentos que contribuyen al establecimiento de una minoría de control social sobre las mayorías silenciosas, las cuales acatan dicho dominio. En este sentido, a pesar de los grandes logros que ofrece el libro, desde su amena lectura a la sabiduría que incluye cada capítulo, sorprende la ausencia de algunos nombres significativos en el análisis del poder. Resulta singular que no haya una sola mención a pensadores como Althusser y su teoría sobre los aparatos represivos del estado y los aparatos ideológicos del estado. No se ve mención alguna en el libro a las teorías y reflexiones de Michel Foucault, el cual considera que todo en el seno social está atravesado y regulado por el poder. Y tampoco aparece ninguna de las ideas del teórico Antonio Negri, idolatrado por la izquierda europea y los movimientos antiglobalización, con sus libros *Multitud* e *Imperio*. A pesar de estas cuestiones, que el autor conoce bien, pero que no le merecen atención en su disquisición, el libro se presenta como una magnífica muestra de una reflexión inteligente

acerca de la naturaleza del poder en unos tiempos en donde la reflexión merece poca atención sobre los poderosos y sus instituciones. Se trata, por tanto, de un libro muy bien escrito, lleno de información enriquecedora, un ensayo académico que no deja de participar de lo divulgativo y de lo especializado, en donde el hilo dialéctico de sus argumentos fluye sin obstáculos pese al apabullante aparato de notas que remite a las copiosas fuentes de donde bebe la obra.

Luis Veres
Luis.Ver@uv.es
Universidad de Valencia